

CAPITULO II

LA IDEA DEL BIEN SUPERIOR Á LA ESENCIA

- I. En qué sentido *son* las Ideas y cuáles deben considerarse como esencias.—II. La Idea del Bien, en cuanto superior á la esencia, no es una unidad vacía de ser.

I

El *ser*, el *pensamiento*, el *Bien*, son los términos más elevados de la jerarquía de las Ideas. Toda la metafísica está en la determinación de la relación que los une, y en esta alta cuestión es donde mejor se demuestra la originalidad de la filosofía platónica. Estudiemos primeramente la relación del Bien y del ser.

La palabra *ser*, á pesar de su aparente sencillez, puede dar lugar á más de un equívoco, en la lengua griega como en la francesa. Platón ha visto perfectamente lo que esta palabra ofrece de vago y todos los obstáculos que causa al filósofo. Ha puesto especial cuidado en hacer comprender que este término no es *unívoco*, con relación á lo inteligible y á lo sensible. Si se puede decir con verdad que las Ideas *son*, entonces no se puede decir con propiedad y exactitud que los objetos sensibles existen también. Y, sin embargo, ¿se puede decir que *no existen*? De ningún modo. Existen con relación al no-ser absoluto; no existen con re-

lación á las Ideas; su existencia es un medio entre la carencia absoluta y la plenitud absoluta de la existencia. Para expresar esta posición intermedia elige Platón el término de *fenómeno* ó *generación*. La palabra *γένεσθαι*, muchas veces empleada por los griegos como sinónima de *εἶναι*, conviene verdaderamente al mundo sensible, y hay que reservar el segundo término para el mundo inteligible.

Con todo, el ser no es todavía el término exacto para expresar la realidad de las Ideas. Esta palabra es aún demasiado vaga; las necesidades del lenguaje nos obligan á emplearla en un sentido que excede infinitamente á la realidad de las Ideas y se extiende hasta el no-ser. Donde hay afirmación y negación, cualesquiera que sean los objetos de ella, nos vemos obligados á emplear la palabra *ser*. Esta necesidad de lenguaje tiene, por lo demás, un sentido profundamente filosófico y responde á una necesidad de las cosas mismas; todo, efectivamente, participa más ó menos de las Ideas y no puede ni existir, ni ser concebido, ni ser expresado ó definido sin esta participación más ó menos lejana de la verdadera existencia. La palabra *ser*, en su sentido más ordinario, indica una participación cualquiera en las Ideas y es, desde luego, una aplicación tan amplia que se encuentra hasta en el no-ser; el no-ser *es* no ser, y en este sentido es.

¿Cuál es, pues, la expresión que mejor designa la realidad de las Ideas, puesto que la designa del modo más distinto? Será la que exprese, no la existencia en general, sino la existencia determinada y dotada de cualidades positivas, diferenciales y *esenciales*; es la *esencia*, *ἡ οὐσία*. Todo lo que tiene *existencia* tiene *esencia*, por su participación en las Ideas, que son las *esencias* mismas. El término de *esencia* no designará, pues,

para nosotros, la existencia abstracta, sino la realidad de la Idea.

II

Si toda determinación esencial es una, no es, sin embargo, la Unidad absoluta. La Idea de lo bello, por ejemplo, es indudablemente una determinación perfecta, cuya universalidad contrasta con la multiplicidad de los individuos que de ella participan en diversos grados; pero es *cierta determinación*, concebida como distinta de toda otra, como opuesta á las demás. Por consiguiente, si es una en sí misma, no es única; no es la pura y simple Unidad, la determinación completa *bajo todos los aspectos posibles*, la plenitud de la perfección; es *un bien*, no es *el Bien*. Los modernos dirían en otro lenguaje: la belleza perfecta es ya infinita; pero infinita solamente bajo el aspecto de belleza; la perfección absoluta, por el contrario, es absolutamente infinita.

Concluamos que cada *esencia*, implicando la distinción al lado de la universalidad, la diferencia al lado de la identidad, conserva, por lo mismo, algo de particular y de múltiple. Luego hay, por encima de la esencia, un término superior, que no debe tomar el mismo nombre; porque el género tiene otro nombre que sus especies. Las esencias son las especies del bien, por consiguiente, no son *el Bien*; y, de otra parte, el Bien, rigurosamente hablando, no es una esencia. «Los seres inteligibles no toman solamente del Bien lo que les hace inteligibles, sino también su ser y su esencia, aunque el Bien mismo no sea esencia, sino *algo muy por encima de la esencia* en dignidad y en poder.»

Así, las Ideas particulares *son* y *son tales* por la comunicación del Bien; reciben de él la existencia y las determinaciones de la existencia. Pero el Bien mismo no es tal ó cual; no es una esencia, una determinación particular; es la unidad de todas las determinaciones en la realidad suprema, de la cual no se puede decir con verdad más que una sola cosa; que *es*. Debemos también excluir del Bien todas las determinaciones de cantidad, número, tiempo y hasta de cualidad, que «en nuestra ignorancia transportamos á la sustancia eterna. Acostumbramos á decir: fué, es, será; *es*, he aquí lo que se ha de decir con verdad. El pasado y el futuro no convienen sino á la generación que se verifica en el tiempo, porque son movimientos. Pero la sustancia eterna, siempre la misma, inmutable, no puede hacerse ni más vieja, ni más joven, del mismo modo que no es, ni fué, ni será jamás en el tiempo. No está sujeta á ninguno de los accidentes que la generación impone á las cosas sensibles, á las formas del tiempo que imita la eternidad y se mueve en un círculo medido por el número. Así también, cuando aplicamos *la palabra SER al pasado, al presente, al porvenir y hasta al no-ser, no hablamos exactamente*. Pero no es esta ocasión de explicar tales cosas más en detalle.»

Es imposible oponer mejor el sentido vago de la palabra *ser* á su sentido exacto. El ser general y abstracto es precisamente lo contrario del ser universal y concreto. Como hemos dicho, el uno es el vacío del ser, el otro es su plenitud. En cuanto á la *esencia*, es algo intermedio entre el ser indeterminado y el ser absolutamente determinado. Este último es muy superior á la esencia, pero no á la existencia, porque *es*, por el contrario, en la aceptación más absoluta de la

palabra. En el pasaje de la *República* arriba citado, Platón no dice tampoco que el Bien sea superior al ser. En la frase anterior, hablando de las Ideas, había comparado las dos palabras; *ser* y *esencia*, pero hablando de la Idea suprema, sólo retira el segundo término, como implicando aún alguna imperfección. Sólo resta el primero en toda su simplicidad y también en su infinita comprensión. De aquí se colegirá cuán grosero es el error de los que atribuyen á Platón la confusión del Bien con la Unidad vacía que se atribuye á Parménides, la Unidad exclusiva de toda existencia. Semejante opinión es la negación misma del platonismo. La continuación del libro VI y el VII bastarían para refutar tan extraña crítica. «El órgano de la inteligencia, dice Platón, debe ascender, en unión con el alma, de la visión de lo que nace hacia la contemplación de *lo que es*, y de lo que hay más luminoso en el *ser*; y á esto lo hemos llamado el Bien... Se trata de imprimir al alma un movimiento que, de la luz tenebrosa que la rodea, la eleve hasta la verdadera luz del ser del ser.» Y más lejos: «Hemos de procurar que la geometría y el cálculo tiendan á nuestro gran fin, quiero decir, á hacer más fácil la contemplación del *Bien*. Porque aquí es, decimos, adonde conducen todas las ciencias que obligan al alma á ascender al lugar donde reside este *ser*, *el más dichoso de todos los seres*, y al cual debe contemplar el alma de todos los modos posibles.» Y más lejos todavía: «El estudio de las ciencias eleva la parte más noble del alma hacia la contemplación *del más excelente de todos los seres*.» ¿Es, pues, una abstracción vacua, un no ser, lo que Platón llama *el más dichoso de todos los seres*? ¿O no es por completo evidente que el Bien es para él la plenitud de la existencia, y que la expresión misma de

esencia le parece demasiado reducida y poco amplia para designar la perfección infinita? El mismo lo dice: si niega al Bien la esencia, no es porque el Bien sea superior á ella, sino, al contrario, porque la excede infinitamente en belleza y dignidad. Si llamamos seres á los objetos sensibles, y hasta á las formas inteligibles, entonces este nombre no es suficiente para el Bien, y Platón mismo no hubiese vacilado en decir que el Bien está por encima del ser. Tomado en este sentido, el ser no se explica y no se sostiene por sí mismo, tiene una razón y esta razón es el Bien. ¿Por qué tal cosa existe?, preguntamos. Y la única verdadera respuesta en esta: Porque esto está bien, porque esto está mejor así que de otro modo. Seguid este movimiento de dialéctica, y el último término del pensamiento, la última respuesta á la última de las cuestiones, no será tal cualidad buena, tal ser bueno, sino el Bien mismo.

Platón concede gran importancia á la distinción que existe entre *ser bueno* y *ser el Bien*. El Bien que sólo fuese atributo de un ser (aunque este ser fuese el primero de todos), no sería el *Bien-principio*, el Bien en sí. No sería más que un bien accidentalmente existente, que tendría un carácter de dependencia por respecto á un principio distinto del Bien. Ahora bien; precisamente este carácter de dependencia y de simple atributo, es lo que Platón rechaza cuidadosamente con respecto al Bien. Recuérdese con qué vigor, en el *Primer Hippias*, rechaza la subordinación del bien á la belleza; esto sería, dice, poner el atributo por encima del principio, el efecto sobre la causa, el hijo sobre el padre. El verdadero padre de las Ideas, es el Bien; las demás Ideas no son sino aspectos más ó menos imperfectos de esta Idea suprema.

Hay en toda la filosofía de Platón un soplo religioso y moral que le impulsa á indignarse ante el pensamiento de atribuir al Bien un rango inferior. ¡Cómo! ¿Ha de tener el bien algo sobre sí? Entonces lo Perfecto, lo Absoluto, no serían los primeros principios; tendrían su razón fuera de sí mismos. ¡Como si la perfección no fuese la razón del ser, como si no envolviese necesariamente la realidad! ¿Por qué lo imperfecto había de ser y lo perfecto no? ¿Y qué razón de existencia puede hallarse en el ser perfecto, si no es su perfección misma? No digamos, pues, que el principio de las cosas y de las Ideas es un ser bueno, sino que es el Bien, principio de la esencia é idéntico al ser absoluto. No diremos: *la Unidad buena*, sino: *el Bien uno*, porque el Bien es verdaderamente la sustancia, y la unidad no es más que su inseparable atributo.
